

Lawless Border Towns: el dedo en el gatillo

Gabriel Trujillo Muñoz
Autor, México

Para los turistas de ocasión, los pueblos fronterizos son poblaciones sin ley ni orden. Lugares donde todo está permitido porque cada habitante es dueño de su peculiar destino. Después de *Crímenes sueltos* (2016), el escritor mexicalense José Salvador Ruiz (1971) vuelve al relato breve y contundente con *Lawless Border Towns. Trilogía negra fronteriza* (2018), libro ganador del Premio regional de cuento Ciudad de La Paz 2017 y publicado en 2018 por el Fondo Regional para la Cultura y las Artes del Noroeste, obra que sigue siendo un recuento de un mundo donde lo legal y lo corrupto son lo mismo. Historias que retratan nuestra frontera en sus contradicciones y fortalezas. Vidas sin más horizonte que la apuesta diaria entre cazar y ser cazado. Una muestra narrativa que comprueba, cuento a cuento, que estamos frente a un autor literario que conoce el espacio geográfico y vivencial donde sus personajes se mueven, que confirma su oficio de contador de maravillas y pesadillas con el aquellarre de sus descripciones de seres y lugares, de trabajos y placeres en una frontera tan distintiva, tan caótica como la que existe entre México y los Estados Unidos.

Basado en lo anterior, podemos decir que el cuento se hace desde los elementos sustanciales que cada autor conoce bien: su entorno de vida, las circunstancias de su tiempo, la idiosincrasia de la gente que retrata. ¿Qué gente? En el caso de la narrativa de José Salvador Ruiz, lo que nos presenta son nortños, fronterizos, bajacalifornianos, mexicalenses. Personas en continuo desplazamiento, en constante huida hacia adelante: de una región del país a otra, de un crimen al siguiente. Orbe de contrabandistas, pobre diablos, sicarios, investigadores privados o policías, todos en plan de ajuste de cuentas, todos en busca de la elusiva fortuna. El cuento, como instrumento creativo, es un cosmos pequeño donde todo puede suceder a velocidad vertiginosa. El lector es invitado a visitarlo brevemente y con eso basta para que entienda los mecanismos que lo hacen posible, los engranajes que lo mantienen en movimiento. Salvador Ruiz logra, en este libro de cuentos policíacos, presentarnos no sólo a personajes creíbles sino

atisbos de la Baja California que somos ya. Una geografía fronteriza desde la violencia urbana, desde los seres marginados que viven a la sombra de la sociedad, creando un mosaico colectivo, un mural de nuestra vida en la frontera México-Estados Unidos.

Aquí, hay que señalarlo, nuestro autor actúa como un gambusino que anda en busca de nuevas vetas para la narrativa negra, con el afán desinteresado de compartirlas con nosotros, de explorarlas a fondo para mostrarnos lo criminal como un espacio donde la realidad y la imaginación negocian su cuota de esperpentos y milagros, su dosis diaria de verdades y engaños. Estamos ante la versión actualizada de la época de los casinos, ante una entidad donde se emprenden negocios sin ver sus consecuencias para la comunidad, sin esperar otra retribución que la fama pública o la fortuna personal. Atrás han quedado los tiempos solidarios, los años de ver por los demás. La frontera sigue siendo un lugar de paso donde el que llega trae sus propios fantasmas consigo, una historia oculta tras la sonrisa pronta y la mirada cordial:

Entró a El Gato Negro imponiendo su figura recia. A pesar de sus cincuenta años mantenía la agilidad del púgil que fue en su juventud. El bar estaba repleto de comensales y ficheras. Un danzón animaba el movimiento cadencioso de varias parejas sobre la pista. El Bull Mendoza se paró al lado de la puerta, observando a las chicas. Buscaba a una en particular quien había convivido desde días atrás. La había elegido entre todas las chicas del lugar, pensó que sería ideal para su plan. Desde su deportación, un mes atrás, buscó la manera de llevar a cabo ese plan, ése que pasó años pensando durante la cárcel. Fue ahí, en la prisión de San Quintín donde escuchó por primera vez el nombre de esta ciudad: Mexicali. Ahí compartió celda unos meses con el Turco Valenzuela, un tipo de habla célere y movimientos nerviosos que había caído en prisión por robo en Wilshire Boulevard. Había cruzado la frontera en busca de su mujer, le dijeron que la vieron en Los Ángeles. El Turco le hablaba de su barrio en la frontera, su Pueblo Nuevo, ahí había hombres bravos que lo mismo blandían una navaja que empuñaban sin temor un revólver. Por eso cuando le preguntaron por cuál puerto fronterizo prefería que lo deportaran, el Bull eligió Mexicali.

El género policial importa en cuanto a sus convenciones, pero también importan las atmósferas que recrea, el tono con que se relatan sus incidentes y percances, la malicia narrativa para construir un paisaje urbano, un horizonte anímico que recrea lo que es vivir en una determinada situación. Ruiz lo logra, a través de cuentos que sobresalen por su humor negro, por su mirada escéptica sobre el poder, con pericia y verosimilitud, con garra

y colmillo, creando una literatura que no reniega del policiaco tradicional a la vez que explora sus mecanismos post policiacos para utilizarlos como otras tantas herramientas conceptuales y creativas para jugar con ellas en sus ficciones. En su narrativa lo que importa es el juego del enigma, la danza de los misterios, el baile de disfraces donde la corrupción se viste de político perfecto, donde la honestidad se mancha el ropaje con tal de obtener sus prebendas. Ese mundo de simulaciones y ambiciones desmedidas que tan bien conocemos, esa sociedad fronteriza que no niega la cruz de su parroquia. La voz narrativa de Ruiz es la voz de nuestra comunidad en sus trapacerías y pillajes, en sus cuentas alegres, en su tragedia colectiva. Es el tapiz de una era violenta y desesperada.

Un asunto que parecería menor, pero que no lo es: en la obra de Salvador Ruiz el uso de los nombres de sus protagonistas es esencial para acceder al tono de sus historias: el Gumaro, el Benavides, el Bógart, la Juana Veracruz, el Chicarcas o el Yeltsin nos hacen comprender la clase de gente que tenemos delante de nuestros ojos. Vidas que se esconden en los intersticios de la frontera, que mal viven en los sótanos de la sociedad. Son ellos los que le dan brillo y viveza a los cuentos que este libro contiene. Son ellos los que definen los rumbos de su destino con sus anhelos de fama y fortuna, con sus estropicios y traiciones, con la estela de muertes que dejan a su paso.

Estamos, pues, ante un libro que suelta sus ráfagas letales a la menor provocación, que nos envuelve con su nudos corredizos desde un cuento sin final feliz, sin futuro a la vista. Vidas pasajeras que sólo alcanzan a mirar el presente instantáneo. Existencias llenas de juerga y jolgorio bajo la fiesta de las balas. Visto lo anterior, podemos considerar la obra policiaca de Salvador Ruiz como un puente entre la narrativa policiaca y la post policiaca. Por un lado, su creación imaginativa prosigue manteniendo una crítica al entorno fronterizo y rastrea en el pasado regional para exhumar crímenes que todavía tienen impacto en nuestro tiempo, a la vez que subvierte las convenciones y clichés de la novela negra tradicional al incluir no sólo una visión irónica en sus tramas y desenlaces, sino que establece una apropiación de otros géneros que incluye en su obra, sobre todo de la crónica periodística, la investigación documental y la novela histórica, creando de esa manera una amalgama entre lo viejo y lo nuevo tanto en su temática como en su hechura. Recreación de notas rojas y de sucesos impactantes en la memoria colectiva de los bajacalifornianos se filtran en sus cuentos y novelas, nos recuerdan que aquí la vida social, en muchas ocasiones, hace a espaldas de las normas establecidas. En *Lawless Border Towns* (2018) cuenta:

Alguien tocaba el timbre de su oficina como si en ello le fuera la vida. ¡Un momento! gritó. La silueta de una mujer alcanzaba a perfilarse por el vidrio esmerilado...Era guapa, mucho, pero era muy pronto para decidirse si se parecía más a Sara Montiel o a Elizabeth Taylor, pero era guapa, cómo chingados no. Tendría menos de treinta años, quizá apenas pasaba los veinte, aventuró mentalmente el Bógart. Después de dar los buenos días preguntó por el detective privado Pantaleón Barbosa. Él iba a saludarla quitándose el sombrero, pero cayó en cuenta que había olvidado calzárselo. La invitó a pasar y pudo apreciar su cuerpo moldeado con extremo cuidado por las mismísimas manos de Dios. El Bógart se disculpó por el desorden en su oficina y le ofreció sentarse en una silla frente a su escritorio. Ella se presentó como Jane Wang y tomó asiento. Al Bógart no le pareció china y pensó que era mejor, los chinos se parecían a los coreanos y él había matado un puño en la guerra. Venía desde Los Ángeles, California, para contratar sus servicios. Barbosa tuvo el impulso de preguntarle cómo es que hablaba español, pero pensó que no era de su incumbencia. La mujer le mostró una fotografía de un hombre asiático entrado en años, sesenta o setenta, calculó el Bógart.

- Quiero que encuentre a sus asesinos-dijo ella.

- ¿Dónde asesinaron a su padre?

-Mi esposo-corrigió la mujer.

- Perdón. ¿Lo asesinaron aquí en Mexicali? – Sí. -¿Acaso no lee los periódicos? -preguntó mirando hacia los diarios que tapizaban el sillón y el piso.

-Los leo, pero la muerte de un chino no es noticia en esta ciudad-espetó sin inmutarse el detective.

-¿Ciudad? It's just another lawless town-murmuró en inglés.

-Lo mataron hace una semana. Encontraron su cuerpo en un callejón de por aquí-dijo con aire indiferente, como quien da una noticia ajena.

La mujer frunció el ceño y oteó la oficina. Se puso de pie y caminó hasta la ventana para abrirla. El Bógart se limitó a seguirla con la mirada. No hizo el más mínimo esfuerzo por ayudarla cuando vio que forcejeaba con la ventana. Cuando al fin la abrió el ruido de la calle Azueta y el olor del Río Nuevo invadieron la oficina del detective.

Por eso, la narrativa de Salvador Ruiz despliega ante sus lectores una visión policiaca que funciona como un hotel de paso (escenario tan estimado por los personajes de sus cuentos y novelas), donde cada cuarto, pasillo o rincón es un relato por contar, una historia por revelar. Recinto polifónico, el suyo, donde vivos y muertos, testigos y protagonistas, víctimas y verdugos

residen, hacen negocios, disfrutan de placeres efímeros, se saludan al pasar y finalmente se reconocen como hijos de un universo que va más allá de la pueril, sórdida realidad que comparten entre todos. Literatura sin fronteras donde todo puede suceder, donde la vida en sus conflictos sangrientos se atestigua y se imagina, se escribe y se publica para horror y placer de sus lectores.

En todo caso, este libro es un ejemplo de una literatura que está atenta al mundo como relato criminal, a la frontera como hemerografía a consultar en sus recortes de prensa, en sus historias ocultas por la historia oficial. Y por eso mismo, la obra de José Salvador Ruiz es continuación y avance desde la visión crítica, periodística, literaria, que Rubén Vizcaíno impusiera en las letras de la entidad en el siglo pasado. Una visión que mira de frente las realidades de nuestro entorno y no se calla la boca para denunciarlas desde la creación artística, para hacerlas suyas como parte de nuestra identidad en común, como signos que nos ayudan a seguir nuestro viaje como comunidad de frontera, como destino a compartir.

De ahí que podamos decir que su obra también es una visión panorámica de los problemas que nos enfrentamos, como fronterizos, en este siglo XXI. Si hacemos una comparación entre el poema *Las Delicias de Mexicali*, que escribiera en 1925 el poeta Francisco Bernal López y donde se habla, con ironía, de las delicias de vivir en la frontera: el calor, la falta de viviendas, el escándalo de los casinos, etcétera, y las narraciones contemporáneas de Salvador Ruiz, es notoria la semejanza existente entre ambos: la idea de que la literatura también se ejerce con vocación de crítica social, de periodismo de análisis, de crónica del mundo en que se vive.

Si en el poema de Bernal lo que le interesa a su autor es hacernos ver las calamidades que deben soportar los bajacalifornianos para sobrevivir en estas lejanías, en este rincón del país que es la ciudad de Mexicali, para Ruiz lo mismo va, sólo que en vez de utilizar el verso para contar lo que experimenta en carne propia, nuestro narrador lo relata en cuentos que son atisbos de nuestra conducta social, de nuestra convivencia diaria con la violencia, la inseguridad pública y la criminalidad en auge.

Con una diferencia de más de noventa años, ambos autores buscan que su literatura sea un mural colectivo de su tiempo y circunstancia, un reportaje creativo de lo que están viviendo y padeciendo. En ambos escritores lo que vale es el humor que utilizan como un escudo ante una realidad que les duele, que les interesa, que les importa. Como representantes de nuestra entidad, son cronistas de lo cotidiano, de lo ordinario, de lo tremendo, de lo angustioso. Pero su literatura los salva, les permite ver de frente el monstruo urbano en que escriben sus obras.

Al final de cuentas, ambos, Bernal y Ruiz, son auténticos escritores fronterizos y ambos, también, son periodistas en toda la extensión de la palabra: investigadores de una realidad cambiante, luminosa y terrible. Pero también es la confirmación de que la frontera atrae no sólo a los desesperados sino a los autores del género policiaco, a los cantores de una gesta letal en pleno verano, a los cuenteros de una comunidad tan candente como un duelo bajo el sol, como una escritura que brilla y enceguece.



Bibliografía

Ruiz, José Salvador, *Lawless Border Towns. Trilogía negra fronteriza*, Forca Noroeste, 2018.